

## CULTURA Y NACIÓN

# Notas sobre la guerra cultural y simbólica (II)

Oponerse a la idealización del paradigma yanqui de modernidad y progreso, o a que arrastra a algunos crédulos, es enfrentarse a posiciones anexionistas y coloniales

Por ABEL PRIETO JIMÉNEZ

### IV. “¡Llegó el muchacho de la película!”

**A**QUELLA frase tan arcaica (“¡Llegó el muchacho de la película!”) ha caído en desuso, sin duda, pero da la impresión de que pudiera renacer. En mi niñez, en mi adolescencia, se empleaba a menudo cuando uno estaba contando una película yanqui de indios y cowboys, de gánsteres y policías, de aventuras o de guerra (se veían por entonces muchas películas sobre Corea, donde siempre había un antecesor de Rambo, solitario, intrépido, posiblemente herido, que iba aniquilando con su ametralladora a legiones y legiones de chinos). “El muchacho de la película” era el Bueno, el héroe, por supuesto, y hacía su aparición en el momento decisivo, crucial, para deshacer los planes de su antagonista, “el Malo de la película”.

En torno a la comunicación que se ha abierto con los EE.UU., a veces da la impresión de que hay alguien a punto de exclamar “¡llegó el muchacho de la película!”. Inocencia, exceso de optimismo, desmemoria, admiración infantil y acritica por la Superpotencia y en algún caso deseos irrefrenables de abandonar los principios para entregarse al abrazo de Satanás, de todo eso hay. Algunos olvidan que los pasos que se han dado con EE.UU. son resultado de más de 50 años de resistencia y tenacidad de este pueblo y de su dirigencia revolucionaria. Que los representantes del Imperio reconozcan explícitamente que la política del cerco ha fracasado, es una gran victoria de Cuba. Abre posibilidades valiosas, sobre todo en la batalla contra el bloqueo, y al propio tiempo nos presenta nuevos retos. En este sentido, resulta esencial la labor descolonizadora de “sembrar ideas, [y] sembrar conciencia”, como decía Fidel, que tenemos que desplegar.

Todos debemos pensar muy en serio cómo atendemos a la convocatoria de Raúl en el Informe Central del VII Congreso: “A la par que salvaguardamos en el pueblo la memoria histórica de la nación y perfeccionamos la labor ideológica diferenciada, con especial énfasis hacia a la juventud y la niñez, debemos afianzar entre nosotros la cultura anticapitalista y antimperialista, combatiendo con argumentos, convicción y firmeza las pretensiones de establecer patrones de la ideología pequeño burguesa caracterizados por el individualismo, el egoísmo, el afán de lucro, la banalidad y la exacerbación del consumismo”.

Uno de los desafíos que enfrentamos actualmente está en lo que podríamos llamar la identificación entre “lo yanqui” y “lo moderno” y entre “lo yanqui” y “el desarrollo”. Esto no lo inventamos aquí, ni lo inventaron ellos para aplicarlo aquí, ni es algo reciente. Tiene mucho que ver con elementos de carácter objetivo, asociados al ímpetu económico y comercial alcanzado por el joven Imperio en el siglo XIX y a la imagen de sí mismo que se fue construyendo para consumo interno y externo.

Martí tuvo que enfrentarse a la idealización del paradigma yanqui de modernidad y progreso para enfrentarse a las posiciones anexionistas y coloniales. Ahí está su portentosa “Vindicación de Cuba”, ante caricaturas del pueblo cubano expuestos en 1889 en distintos diarios norteamericanos. Ante la infamante semblanza de un “pueblo afeminado”, “de vagabundos míseros y pigmeos morales”, “de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio”, Martí responde que “hemos peleado como hombres, y algunas veces como gigantes para ser libres”. Y arremete contra la imagen de Estados Unidos como paradigma de las naciones libres: los cubanos, dijo, “no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad”.

Muchos años después, derrotado el fascismo, los yanquis llevaron a Europa su modernidad. El estudioso Armand Mattelart (nacido en 1936) cuenta que, cuando los soldados norteamericanos entraron en el pueblo belga donde vivía, con ellos “penetraba un tipo de modernidad [...] constituida por múltiples signos [...]: la goma de mascar, la botella de Coca-Cola, los cigarrillos Chesterfield o Camel, los bolígrafos [...]. Ellos portaban las cosas que la guerra nos había privado: el chocolate negro, el pan blanco, las naranjas de la Florida, etcétera. El battle-dress (el uniforme de combate con el que soñaban todos los niños de mi edad), el Jeep, la Harley-Davidson y tantos otros objetos que se convertirían después en clichés de lo norteamericano.”\*

En otro texto, Mattelart se refiere a un título publicado en 1949 por el sociólogo Daniel Lerner; “antiguo oficial de la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos, antecesora de la CIA) y especialista en guerra psicológica”, que desarrolla el “triángulo seguridad-desarrollo-comunicación”. El subtítulo, nos dice Mattelart, es esclarecedor: “modernizando el Medio Oriente”. Y explica: “La noción de modernización se identifica explícitamente con la de occidentalización (westernization). Y su última fase, su tierra prometida, no es otra que el acceso a la sociedad de consumo, como expresión de un progreso concebido de forma lineal. // Durante más de un cuarto de siglo, estas estrategias de comunicación persuasiva que, se supone, difunden el deseo de innovación entre las naciones menos desarrolladas, dirigirán el pensamiento sociológico sobre el desarrollo y se aplicarán en las zonas geográficas más diversas”. \*\*

Mattelart describe así la evolución de su mirada: “Lo que yo vi como niño, en 1944, en una estilografía Sheaffer que llevaba un soldado norteamericano, era un ejemplo de un modo de vida que yo no conocí pero que me atraía. Treinta años más tarde, lo que yo veo en el último modelo de esta pluma estilográfica, que continúa siendo fabricada

por la misma empresa, y de la que las revistas hacen publicidad, es un producto de Textron, que es un grupo transnacional que fabrica tanto estilográficas como dispositivos para los bombarderos B-52 de la fuerza aérea de los EE.UU., que durante el mismo periodo arrojan napalm y defoliantes Agente Naranja en Vietnam del Norte. Entre uno y otro momento, entre una y otra visión, mi sentido geopolítico se ha formado. // [...] La legendaria figura del general Patton [veterano de la 1ª y la 2ª Guerras Mundiales], que me había seducido en mi infancia, se quebraba y se convertía en el joven oficial que, en 1916, había participado en una operación de castigo, con gran cantidad de armamento, dirigida por el general John J. Pershing, contra Pancho Villa y sus tropas, en el Estado de Chihuahua...” (Por una mirada..., p 84)

Este proceso, que podríamos llamar el trayecto del yanqui ingenuo, infantil, al antimperialista consciente, informado, crítico, que en el caso de Mattelart duró, según su propia confesión, 30 años, deberíamos acelerarlo ante las urgencias del presente.

La exaltación de todo lo que viene del Norte y la identificación de lo yanqui y lo moderno, de lo yanqui y el desarrollo, pueden ir desde el éxtasis ingenuo de un joven que se ha creído lo que le muestran las series y películas hasta el oportunismo neanexionista de aquel con una formación intelectual más completa, que hace concesiones y guiños con total conciencia de lo que está haciendo y ve una fuente de viajes, dinero, premios, éxito, en distanciarse de la Revolución y jugar al “disidente”. Se trata de un neanexionismo la mayoría de las veces amorfo, desestructurado, aunque pudiéramos encontrarlo en formas, digamos, superiores, en oportunistas que están apostando a un imaginado futuro pos-revolucionario.

Es indispensable preparar a nuestros niños y jóvenes (a toda la población) para descifrar códigos de seducción, de hipnosis, de show. Y convertir el antimperialismo cultural, espiritual, el anticolonialismo, en algo instintivo. Ante nuestras insuficiencias en la comunicación, la cultura y la educación, ante esquemas, retóricas y el llamado “teque”, “el muchacho de la película” puede llegar con unos cuantos trucos baratos y seducir a gente crédula.

A la fascinación hacia el oropel “comunicativo” propio del espectáculo, se une el apoliticismo ya mencionado, un rechazo a la información política, por sobresaturación o por cualquier otro motivo, y una actitud evasiva, deseosa de “desconectar” y entregarse al entretenimiento vacío. Generar opciones atractivas para emplear el tiempo libre, con una utilización intencionada de las nuevas tecnologías, ha de ser prioridad de las instituciones. En el tiempo libre se forman valores, se captan símbolos y otros se quiebran.

En las bases del culto renovado a lo yanqui, hay un componente de escepticismo, de crisis de fe en las posibilidades de salir adelante, emparentada con la remota convicción de quienes hace más de 150 años no creían capaces a los cubanos de gobernarse. No olvidemos la advertencia de Martí: “la idea de la anexión está condenada a impotencia permanente; pero es un factor grave y continuo de la política cubana... y mañana perturbará nuestra república...”.

En este punto vale la pena detenerse y recordar aquella expresión de Fidel en “Palabras a los intelectuales”, acerca de que solo podemos renunciar a aquellos que sean incorregiblemente contrarrevolucionarios. Primero, las organizaciones e instituciones de la Revolución deben saber distinguir entre el neanexionismo, de un lado, y, del otro, las dudas legítimas y la crítica nacida de un análisis comprometido y auténtico. Y solo apartar del diálogo a los mercenarios, con los cuales, por supuesto, no hay nada que hablar.

Un obstáculo muy visible, demasiado visible, para rehacer el tejido espiritual del país, allí donde esté dañado, y consolidar nuestros valores, radica en el auge de las conductas marginales. A menudo se vinculan con el influjo directo de la industria cultural hegemónica y la admiración hacia los “tipos duros” que protagonizan muchos de sus subproductos.

Fernando Martínez Heredia ha señalado que uno de los peligros más graves que tenemos ante nosotros es la extensión del “apoliticismo”. Por esto es tan trascendente entender “la banalidad” entre los rasgos de los patrones ideológicos que debemos enfrentar; porque a menudo esta corriente central de la industria hegemónica del entretenimiento la vemos irresponsablemente como algo secundario, colateral, como puro divertimento.

Un reto complejo del presente radica también en la imagen victoriosa del “nuevo rico”, astuto, hábil, adinerado, como símbolo de realización y éxito, y el deterioro del prestigio del conocimiento, del saber, de la inteligencia, de la eticidad, son impedimentos que hay que vencer si aspiramos, como señalaba Raúl, a “afianzar [...] la cultura anticapitalista y antimperialista”. Frente al “nuevo rico” como ganador, aparecen como “perdedores” los atados a la utopía, los estoicos, los que lo sacrificaron todo, que no se corrompieron, que no traicionaron sus principios. Esta percepción tan amarga, tan dura, de sus padres y abuelos, puede anidar en algunos jóvenes apolíticos, que ven su realización personal fuera de Cuba, en el capitalismo tan afable y simpático de las películas, o que pudieran pensar que nuestra solución está en volver al pasado.

En el polo opuesto con respecto a la marginalidad y los “nuevos ricos”, en los sectores más cultivados, en las universidades, debemos estar atentos a la contaminación de la ideología neoliberal que ha venido haciendo estragos en la enseñanza superior en el mundo. El neoliberalismo ha hecho lo imposible para que las universidades abandonen su tradicional misión humanista y se conviertan en fábricas de especialistas para las corporaciones. Estas corrientes llegan inevitablemente a nosotros, con ropajes tecnocráticos y en apariencia “desideologizados”, y pueden confundir a muchos. Debemos acudir en particular al intercambio académico con EE.UU. con principios claros, y la fuerza del talento formado por la Revolución, y evitar deslumbramientos y posiciones aldeanas.

La pretensión de fomentar una quintacolumna enemiga de nuevo tipo, con publicaciones digitales bien diseñadas y concebidas, ornamentos socialdemócratas o “centristas” y una palabrería cargada de eufemismos, es financiada desde el exterior ante el descrédito de la contrarrevolución tradicional. Es un frente que no debemos menospreciar. Sus promotores son supuestamente los adalides del “diálogo” civilizado, frente a todas las intransigencias y han ido ganando influencia en sectores intelectuales. No podemos permitir que el interés por el debate sea desviado de su cauce natural y conducido hacia espacios ambiguos y manipuladores. Las organizaciones de creadores, las instituciones, están obligadas a promover de modo sistemático el debate cultural revolucionario.

La denuncia de toda forma de discriminación o prejuicio racial, lanzada hace ya muchos años por la vanguardia de nuestros intelectuales y artistas, es algo que a los enemigos de la Revolución les provoca mucho interés. Por fortuna, la Uneac ha continuado su trabajo de crítica y propuesta desde esfuerzos como la Comisión Aponte. Se intentan aplicar en Cuba, incluso, fórmulas y lenguajes importados de una realidad tan ajena como la estadounidense. No podemos descuidarnos. Por un lado, hay que seguir dando una guerra sin cuartel contra el racismo,

aberración indigna que crece en el mundo y es definitivamente inadmisibles en una sociedad como la cubana; por otro, hay que impedir que vengan desde fuera a darnos lecciones. Todo lo que nos divide, hay que solucionarlo dentro de la institucionalidad y la sociedad civil revolucionarias.

El culto a los avances tecnológicos por sí mismos, más allá de la ética, más allá de su carácter superfluo o del servicio que pudieran prestar al ser humano, es otro rasgo de la llamada globalización que se ha instalado entre nosotros. Nuestra posición, como ha dicho reiteradamente la dirigencia cubana, no es en lo absoluto conservadora con respecto a las nuevas tecnologías, y existe un ambicioso programa de informatización de la sociedad. No obstante, si bien las tecnologías son inocentes en sí mismas, pueden servir a las mejores causas –promover la educación, la ciencia, la cultura, las investigaciones, el trabajo en común– y también a las peores: cauce y catalizador de la avalancha de las fuerzas desintegradoras. Habría que promover una apropiación de las nuevas tecnologías que pase por criterios éticos, humanistas y culturales.

Específicamente en el sector cultural, han surgido tendencias en artistas y promotores que se cuestionan el papel de las instituciones y consideran que a través de formas no estatales podría lograrse una promoción nacional e internacional más eficiente. Aunque en estas valoraciones no hay un basamento propiamente político, las personas que sostienen estas ideas coinciden sin proponérselo con el interés de nuestros enemigos de desmontar la institucionalidad revolucionaria. Desmantelarla equivaldría a liquidar la política cultural y a dejar en manos del mercado el establecimiento de jerarquías y modelos. Esto nos obliga a seguir trabajando para hacer más competentes y creativas nuestras instituciones y reforzar su vínculo con la vanguardia artística e intelectual. Sin sus instituciones, el ámbito cultural se convertiría en una jungla, y la mediocridad ganaría preponderancia irreversible. Hay aspectos objetivos que no nos favorecen: las instituciones no han contado a veces con los recursos necesarios para promover el talento que crece inagotablemente en el país, y los creadores buscan apoyo en entidades extranjeras, algunas bienintencionadas y otras no tanto. Son problemas que no tienen soluciones fáciles y que deben ser abordados crudamente.

Entre funcionarios vinculados directa o indirectamente con la vida cultural de los territorios, nos topamos a veces con incomprendimientos acerca del papel principal que ocupa la protección consciente de la identidad nacional, de las tradiciones, en toda su riqueza, en el tipo de batalla que tenemos por delante. Tal subestimación de la cultura se fundamenta con frecuencia en cierto pragmatismo economicista, que puede dañar nuestra política cultural.

## VI. Lecciones de otros procesos

Hoy nuestro pueblo –o al menos los que quieren estar informados, leen periódicos, ven noticieros, ven Telesur– está al tanto de las embestidas de la derecha y de cómo arremete, aliada con el Imperio, contra los gobiernos progresistas que lograron avances inimaginables en el campo de las políticas sociales y la integración regional. Ya sabemos que ningún proceso se parece a otro. Cada uno tiene su propio origen, su propia historia, su propia lógica.

Para Betto, según la entrevista con **Prensa Latina**, ya citada –parte I– “una de las causas principales de retrocesos en gobiernos progresistas en América Latina es el descuido en la formación ideológica de la sociedad. ...no se trata de un fenómeno nuevo ni propio del continente, pues ya se había dado en la antigua Unión Soviética y en el resto de Europa del Este. ...en los últimos años, se logró elegir

jefes de Estado progresistas, conquistar conexiones continentales importantes como la alianza bolivariana, Celac, Unasur, pero se cometieron errores. No podemos engañarnos, pues no se garantiza el apoyo popular a los procesos dando al pueblo solo mejores condiciones de vida, porque eso puede originar en la gente una mentalidad consumista. La solidaridad es el valor mayor tanto del socialismo como del cristianismo. En la perspectiva capitalista, al contrario, ... toda la presión de los medios de comunicación, publicidad, películas, telenovelas, va dirigida a evitar que la gente quiera cambiar el mundo. Según esos postulados, usted puede cambiar de camisa, de cabello, de anteojos, de carro o de cerveza, pero jamás cambiar su realidad política. Ya no son paradigmas altruistas, solidarios, como el Che, Camilo, Fidel, Raúl. La gente quiere imitar a los consumistas, sus cantantes, deportistas, porque son las imágenes que el capitalismo proyecta y los jóvenes quieren una razón de vivir; todos nosotros la queremos, y es una disputa permanente entre quienes quieren llevar a los jóvenes a su redil. Pero no es fácil vivir en un mundo en el que el neoliberalismo proclama que la utopía está muerta, que la historia ha terminado, que no hay esperanza..., que el mundo siempre va a ser capitalista, que siempre va a haber pobres, miserables, y ricos, y que, ..., siempre va a haber día y noche y eso no se puede cambiar”.

Y nos alerta acerca de que el peligro que tendríamos en Cuba, y es que los jóvenes puedan empezar a ver la Revolución exclusivamente “como un hecho del pasado y no un desafío del futuro, y cuando la gente la ve como un hecho del pasado ya mira las cosas no por sus valores, por su horizonte revolucionario, sino por el consumismo también: quiero tener esto, lo otro, todas las cosas, y entonces aquí no pueden ahora, estiman que demora mucho y ven solo a aquellos pocos a quienes las cosas les han ido bien afuera”.

Me consta que Frei Betto conoce a fondo del valor de la historia y entiendo qué quiere decir cuando nos alerta sobre la necesidad de colocar a la Revolución en el porvenir, en el futuro, como un reto para los jóvenes, y en evitar que los afanes consumistas ganen espacio en ellos. Por eso me permito retocar su advertencia. Yo diría que debemos lograr que los jóvenes sientan y vivan la Revolución en todo su itinerario histórico, con pasión y profundidad, y al mismo tiempo sientan y vivan y defiendan su continuidad como la única garantía de tener patria, de tener dignidad.

No es posible, sin memoria histórica, ser plenamente antimperialista ni ser plenamente anticapitalista. Nuestros jóvenes deben incorporar la noción del “cambio” a ese proceso –que es y seguirá siendo pasado y futuro– a través de la idea de Fidel de “cambiar todo lo que debe ser cambiado” para hacer un socialismo superior, no como la consigna tramposa de la derecha en América Latina y de los que quieren regresarnos al capitalismo.

Es urgente lograr una mayor integración de los actores capaces de conformar un frente en defensa de nuestras raíces, de la historia, de los principios y valores de la Revolución: maestros, profesores, realizadores de los medios, intelectuales y artistas, comunicadores sociales, instructores de arte y promotores culturales de varias generaciones, personas con deseos de trabajar, de participar, que no han perdido la mística, que conocen todo lo que está en juego en la actualidad. En ellos hay potencialidades ilimitadas. ●

\*(Por una mirada-mundo. Conversaciones con Michel Sénécal, Editorial Gedisa, S.A., Barcelona, 2014, p 22. Edición original: París, 2010.)

\*\* (Un mundo vigilado, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Madrid, 2009, p 84-85. Edición original: París, 2007.)